

La Virgen.—Yo lo seré para tí...

Alma.—Tanta bondad.

La Virgen.—Lo que quiero es que sepas aprovecharte. Hasta otro día.

LECCION TERCERA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, que todas sus luchas interiores son tentación, pero que no tienen por qué temer estando en gracia de Dios.

Alma.—Ya estoy aquí, Señora, por la tercera vez, atended á mis humildes súplicas y prestadme vuestros auxilios.

La Virgen.—Qué ¿has vuelto á pecar, hija querida?

Alma.—Por la misericordia de mi Señor JESUCRISTO y por vuestra eficaz protección, no he sufrido esa tan grave desgracia; pero ¡cuánto padezco, Madre mía!

La Virgen.—Habla hija mía, que tengo entrañas de Madre y es mi delicia servir de consuelo á mis devotos.

Alma.—¡Oh Madre mía!

La Virgen.—¿Qué tienes, hija querida? ¿porqué lloras?

Alma.—Estoy llena de horribles pensamientos y un no sé qué de inclinación perversa y tal confusión dentro de mí, que me parece que de un momento á otro si me dejáis, voy á ofen-

deros y abandonar la santa ley de mi Señor JESUCRISTO.

La Virgen.—No tengas miedo, hija querida; que eso mismo está demostrando que el enemigo del hombre no gusta de tu vida, y envidioso de la dicha que disfrutas, trata de confundir y de ofuscar tu entendimiento, agitando tu corazón para hacerte cometer pecados. No tengas miedo, que el demonio no puede nada mientras tú no quieras.

Alma.—Es que al mismo tiempo me cercan por todas partes mis amigos y con sus insensatos dichos, tratan de apartarme del camino emprendido por vuestro consejo y del bien comenzado.

La Virgen.—¿Y tienes vergüenza de que el mundo sepa tu conversión? ¿No sabes que ese círculo de gente ociosa que ama el vicio y por eso escarnece la virtud, ha de mirar con pena tu verdadera conversión, y ha de tratar de asustarte para que vuelvas atrás? ¿No ves que esos infelices teniendo en tu conversión un eficaz argumento de su malicia y engaño, han de buscar falsas razones, si no para persuadirte á tí,

á lo menos, para quitar los remordimientos de tu conciencia? Déjalos pasar; desprécialos como á los perros pequeños, que no pueden morder; y mirando desdeñosamente sus argumentos y sus burlas como palabras de niños sin malicia, sigue impávida el camino que te conduce á Dios.

Alma.—¿Que siga mi camino! Ay, Madre amada, que si no me ayudáis no puedo proseguir; porque no es sólo el mundo y el demonio quien se ha conjurado contra mí, sino yo misma que no tengo paciencia para sufrirme y un tedio espantoso.

La Virgen.—Pobrecita hija mía, ven á mis brazos, ven y no tengas miedo, que esas son las agonías de la naturaleza que lucha con la gracia y que se queja porque ya está vencida. ¿Te quieres volver atrás?

Alma.—¿Ah, no, Madre mía! antes morir.

La Virgen.—Pues en esa firmeza de tu voluntad perseverante, está la demostración de que tus repugnancias y tus tedios y tus pensamientos é inclinaciones malas, son otras tentaciones

que Dios permite para tu bien; para tu bien, sí, porque con ellas aprenderás lo poco que tú vales y lo mucho que necesitas de Dios; y serán para tu alma tesoro escondido, que si te sabes aprovechar, crecerá en tí la gracia y aumentarás tu gloria: ánimo, pues; sé perseverante que yo te ayudaré.

Alma.—¡Oh Madre mía! cuánto me consoláis, ya no tengo ningún temor.

La Virgen.—¿Y á quién has de temer? Teman en buena hora y con razón han de temer, los que apartados de Dios y en pecado mortal, si cerraran los ojos á esta vida, veríanse en la presencia de un Juez inexorable; pero tú ¿qué tienes que temer? Aquél terrible Juez, es ya para tí el abogado defensor que en presencia del justo Juez, pide la corona de la gloria que con sus méritos y pasión justamente ganó para colocarla gozoso sobre tu humilde sien; porque el que se humilla en la confesión, Dios le exalta en la gloria.

Alma.—¡Oh, madre mía! y qué consoladoras son vuestras palabras y qué gozo tan inefable siento dentro de mí!

Yo quiero ser muy buena, yo quiero ser muy buena.

La Virgen.—Bien, hija mía, pero has de saber que el ser buena es un gran bien que da mi Hijo á aquellas almas que le buscan; por lo mismo que es don y grande, no lo da de pronto y sin discernimiento, sino aguarda á que el alma lo pida con verdadero deseo; pide pues, con verdadero deseo ser buena y pide constantemente, que Jesús te dará lo que le pidas, porque así lo ha ofrecido y Él no falta á su palabra. Mas si ni aun este deseo sientes en tí, recibe frecuentemente á Jesús sacramentado, que para eso se ha quedado entre vosotros, que él deseará por tí y este deseo será muy agradable á Dios y tú recibirás el fruto.

Alma.—Pues es muy fácil ser buena.

La Virgen.—Mucho, pues todo consiste, para los que tienen buena voluntad, en creer que Jesús tiene poder para hacer de tí una santa y que tus obras sin su cooperación nada valen. Por lo que tu papel simplemente consiste, en prepararte con verdadera pureza de conciencia á recibir á Jesucristo con

frecuencia sin acongojarte ni aturdirte porque te parezca que no estás bien dispuesta, pues la medida de tu disposición no es la que tú te figuras, sino la que Dios quiere de tí. Y en esto lo mejor es hacer cada uno lo que sepa y pueda, y la gran caridad de mi Hijo Jesús suplirá lo demás. Déjate conducir por mi amor; oye con docilidad y sigue generosamente las inspiraciones que Yo y el ángel de tu guarda daremos á tu corazón, y sin pensarlo serás buena, y gozarás del espíritu de mi Hijo, que es todo paz, dulzura y amor.

Alma.— ¡Gracias, Madre mía! ¡Oh cuánto tiempo deseaba estar en paz con vuestro divino Hijo y con Vos, y eso que aún no sabía la dulzura que da el amarnos!

La Virgen.— ¿Tardarás mucho, hija mía?

Alma.— No, Madre querida.

La Virgen.— A Dios.

LECCION CUARTA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma que debe entregarse sin reserva al amor santo de Dios.

Alma.— Ya estoy aquí otra vez, Madre mía.

La Virgen.— Bienvenida, hija mía; ¿has pensado mucho en lo que ayer te dije?

Alma.— ¡Oh, Señora! vuestras palabras son dulcísimas centellas que penetrándome toda, encienden mi corazón en santos deseos, ¿puedo yo pensar en otra cosa que en poner por obra vuestros consejos?

La Virgen.— Me gusta mucho que tomes en consideración lo que te digo, y esto me anima á hacerte participante de mis pensamientos.

Alma.— De Vuestros pensamientos?

La Virgen.— Sí, hija mía, ahora mismo sentía grande pena considerando la ingratitud y perfidia de aquellas almas que dotadas por el Señor de corazón sensible, cariñoso, complaciente, en vez de levantar á Dios sus alas,

se arrastran por el lodo; y quiero que me digas: ¿No causa lástima grande, que corazones tan bellos, en vez de dirigir sus esfuerzos á la conquista del santo amor, se ocupen en vagatelas y empleen sus cariñosos afectos en criaturas miserables?

Alma.—Es verdad, mucha verdad; mas lo peor es que soy yo, Madre querida, una de esas miserables.

La Virgen.—Tú, hija mía; pues lo que diría á aquellas quiero decirtelo á ti, ya que Dios te ha dotado de un corazón sensible, busca al Señor y entrégate á su amor, no seas como esas ingratas que viviendo en la tibieza niegan prácticamente á Dios, pues no buscando su amor y gobernándose por sí mismas; piensan substraerse de su justo dominio y providencia. No, hija mía, ten presente siempre á Dios y que te mira en todas partes, y si El te mira para gobernarte con su providencia, ¿será mucho que tú le mires para contemplar sus divinas perfecciones? Medita la pasión de mi Hijo y mira en ella cómo el amor que te tiene es su verdugo, y si amor con amor se paga, ¿có-

mo no te has de encender en el amor divino? Recuerda sus beneficios y agrádecele el cuidado que tiene de ti y de todo lo que te pertenece y acude á El en todas tus necesidades, y si por sus altos decretos permite Dios los reverses de fortuna, las enfermedades, la muerte de parientes, ú otras desgracias, no te muestres desconfiada, ni busques tu consuelo en las criaturas, pues es tanto como decir que *el Amante de las almas* no quiere ó no puede consolarte; levanta tu corazón á Dios que El te consolará y te persuadirá que son estas cosas dispuestas para bien tuyo.

Alma.—¡Oh Madre querida, y cómo ensanchan mi corazón vuestras palabras y cómo me llenáis de gozo! mas perdonadme, yo no me sé persuadir que Dios así me ame, siendo como soy lan grande pecadora!

La Virgen.—Aquello ya pasó, hija querida, desde ahora procura con gran empeño darle gusto al Señor, que el Señor no se acordará más de tus pecados. Pues por Isaías nos anuncia, que el soplo de su boca, borra los pecados del hombre humilde, como

arrastra y disipa las nubes un viento seco. No pienses pues, en otra cosa; que en amarle; y sí es verdad que aquel que bien ama tiene gran cuidado de no disgustar aunque sea ligeramente al amado, y por eso se priva de su gusto y de su voluntad para evitarle la más insignificante pena, mira bien lo que debes hacer, si quieres tener contento á tu Dios y Señor.

Alma.—Yo le consagraré toda mi vida y lejos de mí arrojaré todo pecado y apartada de todas las ocasiones, le ofreceré mi corazón entero; entero, sí, que no quiero amar el mundo, ni las cosas vanas que hayen él, ni acompañarme de gentes disipadas que arrebatan mi corazón á los entretenimientos y llenando mi pensamiento de vagatelas y pequeñeces, le incapacitan para gustar las dulzuras del Amado.

La Virgen.—Hazlo así, hija mía, y ten por tuyos los intereses de Dios, y endereza tus acciones á su gloria, y jamás te propongas como fin de tus obras, motivos de interés, de respeto

humano ó vanagloria, antes bien levantando, entre tus ordinarias ocupaciones el pensamiento, haz de obrar conociendo que eres hija de Dios, que te crió para honrarle, y verdaderamente han de ser tus pensamientos, tus palabras y tus obras nobles y levantadas y meritorias, como hija de quien eres; y los motivos para obrar que así lo manda ó lo quiera tu Amado y tu solo temor el disgustarle: y extendiendo tu vista á todas las criaturas del universo, haz de gozarte de verle honrado por ellas y haz de sentir gran pena de verle ofendido y olvidado: de esta manera serás toda de Dios y Él todo tuyo.

Alma.—Bendita sea vuestra boca, Madre amada, que si yo practicara lección tan peregrina, pienso que había de ser una santa.

La Virgen.—Y santa quiere hacerte el Señor; ¿piensas acaso que se hicieron los santos de otra manera que tú? no, hija querida, de carne y hueso y de espíritu fueron formados como tú y del mismo modo que tú sufrieron

tentaciones y estuvieron sujetos á miserias.

Alma.—¡Ay Madre mía! dadme una regla cierta y un modo de purificar mi alma, que os declaro francamente, que quiero andar por el camino de los santos.

La Virgen.—Ese arranque me gusta hijita: Yo te enseñaré; mas te declaro que los santos llegaron á aquel grado de perfección, no por los esfuerzos de su propia voluntad, sino por la voluntad de Dios y su gracia, á la que ellos correspondieron generosos: á tí por consiguiente, no te toca saber al grado á que has de llegar, sino hacer prontamente lo que sabes que Dios te pide hoy. Que en estos vuelos del alma, r.o conviene lanzarse á lo que se vé *mejor*. sino hacer lo que es *bueno* según la voluntad de Dios.

Ahora lo que te conviene, es hacer un exámen delicado de tus defectos naturales y no querer hacerlo todo en un día, ir poco á poco purificando tu alma de estas imperfecciones y seguramente llegarás á ser digna de la divina contemplación.

Alma.—¿Y qué debo yo hacer, Señora mía, para lograr lo que decís?

La Virgen.—Se ha hecho muy tarde ya, y deseo que vuelvas otro día.

Alma.—Dadme vuestra bendición, y hasta mañana.

La Virgen.—Tómala en el nombre del Señor.

